

ÉTICA Y CULTURA EN EL SIGLO XXI.  
A PROPÓSITO DE *LA REBELIÓN DE LAS MASAS*:  
UNA PROBLEMÁTICA DE NATURALEZA ANTROPOLÓGICA

Alejandro de Haro Honrubia

Universidad de Castilla-La Mancha

FOG (Fundación Ortega y Gasset)

Alejandro.Haro@uclm.es

RESUMEN

La consolidación de las masas en la vida social y política de Occidente en este siglo XXI conduce a la total ausencia de humildad, adoración y entusiasmo por lo ético y eficazmente superior. Situación característica de una sociedad ciega, ético-culturalmente, a la magnanimidad y ahogada por el exceso de virtudes pusilánimes. La rebelión de las masas de toda clase o grupo, como proceso histórico decimonónico, y especialmente localizado en el área occidental, que atemorizó al liberal Ortega y otros autores (Karl Mannheim, William Kornhauser, Serge Moscovici, Peter Sloterdijk o Rob Riemen), deriva en la actualidad en el más absoluto y, a la vez, radical asentamiento público de las propias masas o de un torbellino arrasador de plebeya mediocridad ética, axiológica e intelectual, que es fácil de observar lanzando una ojeada a la situación social, en su sentido más amplio, de nuestro tiempo y espacio históricos. Continúa, asimismo, la barbarie, el más feroz *primitivismo* y el consecuente etnocentrismo cultural radical en el mundo occidental, que ejemplifica, hoy más si cabe, el rebelde *hombre masa*, como clase de hombre con una vida menguante y en declive moral, plenamente asentado como está en la sociedad contemporánea actual.

PALABRAS CLAVE: masas, rebelión, hombre masa, modernidad, filosofía, antropología, racionalidad, ética, historia, vida, cultura, etnocentrismo occidental.

ABSTRACT

«Ethics and culture in the 21<sup>st</sup> century about The revolt of the masses: a problem of anthropologic nature». In the present essay I attempt to offer to the reader some keys for understanding the Ortega's criticism to the modern mass society. The liberal and personal-rights-supporting thought of the Spanish philosopher finds its main handicap in the rebelliousness of the masses, specially in the wrong of the current mass man. This new kind of man is ready to spread all over the Eastern world an incongruous and illegitimate mediocrity that makes reality uniform. If necessary, the mass man intends to put an end to the ethic and value inequalities among men by making use of the direct action. Ortega also supports a new form of rationality fitting into an ethic-political liberalism, which respects the individual rights and liberties. Once again, barbarousness and a fierce primitivism has been set up in the Western world. The new barbarous is the rebellious mass man.

KEYWORDS: masses, rebelliousness, mass man, modernity, philosophy, anthropology, rationality, ethic, history, life, culture, western ethnocentrism.

## LA REBELIÓN DE LAS MASAS EN EL SIGLO XXI

Por su significado en el pensamiento político filosófico y antropológico de José Ortega y Gasset, y por ejemplificar asimismo todo el espíritu de una época, el párrafo que a continuación citamos, con que se inicia el apartado que aquél dedica al hecho social e histórico de las aglomeraciones en su obra *La rebelión de las masas* (1930), constituye una de las más recurridas y célebres piezas textuales del pasado siglo XX y que en este artículo recuperamos para dotarla de mayor actualidad:

Hay un hecho que, para bien o para mal, es el más importante en la vida pública europea de la hora presente. Este hecho es el advenimiento de las masas al pleno poderío social. Como las masas, por definición, no deben ni pueden dirigir su propia existencia y menos regentar la sociedad, quiere decirse que Europa sufre ahora la más grave crisis que a pueblos, naciones, culturas, cabe padecer. Esta crisis ha sobrevenido más de una vez en la historia. Su fisonomía y sus consecuencias son conocidas. También se conoce su nombre. Se llama la rebelión de las masas<sup>1</sup>.

El contenido de este párrafo continúa afortunadamente impresionando, como también *La rebelión de las masas* en su totalidad. Sigue esta obra asombrando a lectores de todos los campos, no ya sólo por su acierto temático (la rebeldía de las *masas* por la *acción directa*, la emergencia del *bárbaro especialista*, la psicología del *hombre masa* como *niño mimado* o *señorito satisfecho* sublevado, etc.) que la dota de actual vigencia, sino especialmente porque en esa obra, que dio más entidad si cabe tanto al pensamiento filosófico de Ortega como asimismo a las teorías críticas contemporáneas de la sociedad de masas, emergentes a comienzos del pasado siglo XX, se anuncia en conjunto una situación de desconcierto y desorientación vitales globales que responde en origen a desajustes sociales, políticos, económicos, tecnológicos y científicos, práctico filosóficos, psicológicos y en definitiva antropológico existenciales, que proceden de los siglos «modernos» y en especial del políticamente revulsivo siglo XIX, y que podemos rastrear en los diferentes capítulos de *La rebelión de las masas*. Estos desequilibrios perfilaron, según delata el conocido texto de Ortega, una época de *masas* en alza, cuyo dominio social total encontró, y en verdad lo sigue haciendo, amplia cobertura política, económica y tecnológica, como en este artículo verificaremos. Un claro ejemplo de lo que digo es el desfase político que ocasiona el *politicismo integral*: la absorción política radical de todas las cosas que simboliza la rebelión de las *masas*. Attendamos a este desajuste en el campo político desde el propio Ortega:

---

<sup>1</sup> José ORTEGA Y GASSET: *La rebelión de las masas*, OC, IV, 375. [Las citas de las obras de José Ortega y Gasset remiten, salvo cuando se especifique lo contrario, a la edición de *Obras completas*, Madrid, Taurus/Fundación José Ortega y Gasset, 2004. Al título del escrito sigue en números romanos el tomo y en arábigos la (s) página (s). Cuando se cite, en su caso, por la edición de *Obras completas*, Madrid, Alianza Editorial, 1983 (doce tomos), al título del escrito seguirán las siglas Oc83, en números romanos el tomo y en arábigos la (s) página (s)].

El politicismo integral, la absorción de todas las cosas y de todo el hombre por la política, es una y misma cosa con el fenómeno de rebelión de las masas que aquí se describe. La masa en rebeldía ha perdido toda capacidad de religión y de conocimiento. No puede tener dentro más que política, una política exorbitada, frenética, fuera de sí, puesto que pretende suplantar al conocimiento, a la religión, a la *sagesse* en fin, a las únicas cosas que por su sustancia son aptas para ocupar el centro de la mente humana. La política vacía al hombre de soledad e intimidad, y por eso es la predicación del politicismo integral una de las técnicas que se usan para socializarlo<sup>2</sup>.

El estilo de las masas triunfa en todas las áreas de la vida social, no sólo en la esfera política, desde el pasado siglo XIX, lo que desvela el temor justificado de Ortega y otros teóricos que más adelante citaremos. Inestabilidad y desasosiego vitales, éticos y culturales definen nuestra masificada época con repercusiones asimismo en todos sus restantes campos. La solución que aporta Ortega en este preciso sentido y en su ensayo *La rebelión de las masas*, obra perforada por el espíritu de su tiempo, es principalmente y en esencia antropológico filosófica o metafísica —desde 1929, Ortega parte en sus análisis de su doctrina de la vida humana como realidad radical que acoge de forma inmanente el diálogo interactivo entre un yo como persona y su circunstancia—, pero asimismo con una proyección ética, sociológica y política<sup>3</sup>.

## MODERNIDAD, «ÉTICA» Y MASAS

En *La rebelión de las masas*, Ortega se descubre ante el lector nuevamente, pues por primera vez, y explícitamente, lo hizo en 1916, como «nada moderno y muy siglo XX». La Modernidad es concretamente acusada por él, a veces de forma subrepticia, de ser origen de inquietantes situaciones por desconcertantes y desestabilizadoras que se encuentran en la base de la decadencia moral que desde entonces no ha hecho sino acrecentarse con el transcurrir de los años. La Modernidad simbolizó prosperidad económica y tecnológica, pero también supuso desarraigo social individualista y sobre todo soberbia racional moral por parte de un sujeto *autónomo* antihistórico y atemporal. Desde entonces el hombre se concibe abstractamente como un puro ente racional trascendental y un potencial y categórico legislador práctico moral universal. Este pensamiento occidental sobre lo humano ha acabado

---

<sup>2</sup> *La rebelión de las masas*, OC, IV, 364 s.

<sup>3</sup> Solamente una filosofía consecuente con la vida humana misma como realidad radical, con sus virtudes y miserias, limitaciones y grandezas, posibilidades y constricciones circunstanciales globales, es capaz de ofrecer una orientación radical a toda situación de perpleja desorientación, como es la que al parecer de Ortega, pero también de otros incisivos críticos sociales contemporáneos en general (destacan las aportaciones de Karl Mannheim o William Kornhauser), acontece en el continente europeo, por múltiples factores (sociales, políticos o ideológicos) asociados al imperio imperturbable de las *masas*, en la primera mitad del pasado siglo XX, pero que podemos hacer extensible a lo poco que llevamos de siglo XXI.

perfilando nítidamente una sociedad europea contemporánea ética y culturalmente intransigente e indócil, que cruza toda visión del *Otro* étnicamente ajeno a través de una mendaz por ambigua ideología moralista excesivamente afectada de etnocentrismo ético. Éste rompe con toda actitud *cosmopolita* de hermenéutica comprensibilidad hacia toda otra persona de distinta identidad étnica y cultural. Una situación que se puede interpretar en términos de decadencia antropológica y moral occidental y que fortalecen los distintos actores sociales y también algunas de las fuerzas políticas, especialmente aquellas que ejercen democráticamente el poder. Los distintos gobiernos, ya sean de izquierdas o derechas [formas de *hemiplejia moral*, que decía Ortega], plenamente conscientes y, en ocasiones, complacientes de tan moralmente comprometedor y en ciertos casos reprochable situación, pocos esfuerzos invierten precisamente por corregirla.

La Modernidad igualmente revolucionó los sistemas modernos de transporte como medios de comunicación de masas. Aproximó física y materialmente a los hombres pero no moral o espiritualmente. Desde el último tercio del siglo XIX hasta el día de hoy, el progreso de la facilidad y velocidad de las comunicaciones ha sido tan grande y tan rápido que en el momento presente puede hablarse de tráfico mundial en continuo crecimiento. El mundo se ha contraído. Todo está más cerca que antes gracias a los medios de comunicación. Es un hecho glorioso que debemos a la técnica moderna. Sin embargo, con el progreso en los transportes se ha producido el fenómeno que a priori menos podía esperarse: la hermetización (*tibetanización*, en palabras de Ortega) de muchos pueblos. Una vez más —afirmaba Ortega en 1954— «nos encontramos con la incongruencia entre los progresos técnicos y los regresos morales»<sup>4</sup>. La evolución tecnológica artificiosa somete descabelladamente a la evolución intelectual y moral de la humanidad. El sociólogo húngaro Karl Mannheim describe esta situación como sigue:

El proceso de dominación técnica de la Naturaleza se encuentra a muchas millas adelantado del progreso de las fuerzas morales y del saber humano acerca del ordenamiento y dirección de la Sociedad [...]. La falta de proporción en el desarrollo de las facultades humanas. Cuando su tendencia es que en una Sociedad el saber técnico y de ciencias naturales está muy avanzado respecto de las fuerzas morales y de la vigilancia sobre la actuación de las potencias sociales, hablo de una falta de proporción general en el desarrollo de las facultades humanas<sup>5</sup>.

El hecho de que súbitamente los pueblos se hayan aproximado tanto espacial o físicamente no quiere decir que ética y vitalmente estén más próximos. En modo alguno. Esa aproximación espacial no ha ido acompañada —Ortega denuncia esta situación en múltiples ocasiones— por una aproximación en el modo de ser, en sus ideas y sentimientos, en sus costumbres o creencias. Pero no sólo están mo-

<sup>4</sup> *El hombre y la medida de la tierra*, OC, VI, 885.

<sup>5</sup> Karl MANNHEIM: *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Buenos Aires, Leviatán, 1958, p. 25 ss.

ralmente distanciados los distintos pueblos entre sí, mostrándose difusos en este sentido y en ocasiones. El ciudadano que habita esos pueblos —*pueblos masa*, que diría Ortega respecto de muchos de ellos— también destaca por su casi nula claridad moral, por la distancia ética que a veces muestra en sus formas de actuar y pensar en un sentido global. Le caracteriza a aquél su falta de congruencia moral (ambigüedad) en muchos casos y, especialmente, que identifique como moralmente aceptables comportamientos decididamente cuestionables juzgados desde principios éticos mínimos. ¿A qué me refiero con esta última consideración? La tan criticada, literaria y filosóficamente, «doble moral» burguesa, emblema característico de la modernidad que tantos ríos de tinta ha suscitado, se nos queda hasta pequeña en este comenzado, no hace mucho, siglo XXI. Hemos logrado, asombrando, seguro, al mismísimo *petit bourgeois*, ensanchar enormemente el «sagrado» recinto de la moral [moral como contenido], auténtico *cajón de sastre*. Un espacio occidentalmente secularizado que actualmente cada cual utiliza a su antojo. Éticamente, Occidente es un auténtico cóctel, a veces explosivo por las rencillas culturales que al respecto suscita, en que se mezclan, por otro lado, ideas/creencias a las que se inserta, a veces muy a la ligera, una significación moral, en algunos casos con una base religiosa, en ocasiones cuestionable. ¿No es todo esto una de las máximas expresiones del nihilismo europeo contemporáneo consecuencia, entre otras cosas, del proceso global de masificación social? Autores como Friedrich Nietzsche, Karl Mannheim, Ortega y Gasset o Max Scheler, entre otros ya más contemporáneos nuestros, podrían ayudarnos a responder a esta honda pero mundana cuestión antropológica y filosófica. Altas cotas de nihilismo moral identifican nuestra sociedad. Se me plantean serias dudas, hoy en día, acerca de lo que es moral y de lo que no lo es. Cuál es el actual criterio de demarcación entre un ámbito y el otro, sinceramente no lo sé. Quién lo establece, al menos en Occidente, no me cabe duda alguna: las poderosas plataformas mediáticas, en su sentido más amplio, que son las que alimentan el mundo de masificación y alienación, informativa o no, respaldadas, eso sí, por el resto de poderes fácticos, económico-políticos.

Por tanto, el proceso descrito de decadencia moral de Occidente por ese distanciamiento ético entre los pueblos desde la Modernidad y también por la ética ambigüedad del ciudadano medio actual, se acelera por una serie de cuestiones, algunas ya mencionadas, como son las siguientes: bajeza igualitaria, nihilismo y masificación, que son fenómenos decimonónicos consecuencia de un periodo de moralidad decadente de origen moderno. Esa etapa de moral en baja forma también gestó algunos otros distintos males sociales fuertemente arraigados desde entonces en el autocomplaciente espíritu colectivo europeo que se regocija, por otra parte y más si cabe actualmente, en un hedonismo superficial y carente de sentido. Resentimiento moral no escondido hacia lo virtuosamente valioso y vulgar democratismo radical, que «morbosamente» aplebeya a todos los posibles niveles humanos, simbolizan nuestro menguante *ethos* idiosincrásico cultural y social global, cuya matriz anclamos en gran medida en la Modernidad. Época histórica con una intensa proyección cultural y filosófica, la Modernidad sentó las bases de las críticas, algunas intempestivas, no sólo de Ortega, sino también de teóricos como Nietzsche, Freud, Simmel, Heidegger, Horkheimer o Adorno. Fue la Modernidad



una magnificada época jalonada por el racionalismo, el subjetivismo, el industrialismo, el capitalismo, el democratismo y el *positivo* cientificismo. Iconos simbólicos *modernos* burguésmen­te auspiciados, objeto de crítica de, entre otros, aquellos autores. Ortega, por ejemplo, veía con estupor cómo esos fenómenos conferían amplia cobertura social a la por él llamada, igualmente temida, rebelión de las *masas*. Nietzsche, por su parte y como también aquél, lamentaba que por aquellos emblemas de la Modernidad padeciéramos, como consecuencia, una subida de la pleamar del nihilismo. Hegel, según recuerda Ortega, con asombro y de forma apocalíptica decía: «las masas avanzan», simbolizando con esta expresión uno de los hechos sociales más representativos de la Modernidad. Los teóricos críticos Horkheimer y Adorno se distancian de una razón moderna que básicamente aliena. por cuanto instrumentaliza y cosifica. A todos ellos les preocupa, en definitiva, la constitución antropológica y moral de Occidente especialmente y cuyas ideas podemos, todavía hoy, seguir utilizando para analizar muchos aspectos de la moderna sociedad de masas que impera actualmente.

Más allá del uso que social-institucionalmente se hace hoy en día de eso que llamamos «moral» o «ética», y que muchas de las veces generan gentil y masificadora confusión, podemos decir que no resulta inapropiado definir a nuestra sociedad de masas como vagamente *cosmopolita*, por «ética» y culturalmente menguante. Una sociedad que sucumbe de manera estrepitosa, diríamos incluso que marxiana o kantianamente, desde el punto de vista del respeto y la obligación morales, que debieran mostrar en última instancia todos los individuos de cualesquiera cultura entre sí, en cuanto sujetos mínimamente éticos y *autónomos*, pero comprometidos activamente con su comunidad. Por decirlo con Cicerón, se trataría de usar cierto respeto para con todos los demás, mostrando decoro u honestidad que se traduce en virtuosa belleza moral producto de las fuerzas del espíritu. Decoro, sigamos nuevamente al clásico maestro Cicerón, es todo aquello que pertenece a lo honesto, lo que se halla conforme con la excelencia del hombre precisamente en aquello que su naturaleza lo distingue de los demás animales. El decoro especial es lo que es tan conforme con la naturaleza que en él aparece la moderación y la templanza unidas a los modales de una educación perfecta<sup>6</sup>. Un tema, este último, que junto a la predicada por el mundo griego *areté*, virtuosa excelencia moral, ha ocupado el centro de atención de buena parte de la literatura clásica griega y también romana. No trato, sin embargo, de construir un discurso estoico moralizante, que de poco vale hoy, en un mundo —aun en *crisis*— de crecientes desenfrenos y consumistas ambiciones —si no del todo ni por todos realizadas, sí al menos deseadas—, pero sí de reivindicar la antropológica condición moral universal del hombre [moral como estructura]<sup>7</sup>. En el Occidente capitalista de hoy esta mínima condición moral de

---

<sup>6</sup> Cfr. Marco Tulio CICERÓN: *Sobre los deberes*, estudio preliminar, traducción y notas de José Guillén Cabañero, Madrid, Tecnos, 1989, pp. 41-50.

<sup>7</sup> Aludo a un tipo de «moral» que, a su vez, predica respeto y responsabilidad del individuo ante sí mismo y ante los demás para así construir cívicamente comunidad.



que hablo degenera atrozmente, bien por su en múltiples ocasiones ambigüedad, bien por su más simple deterioro, como parece que no puede ser de otra manera en un mundo abocado de forma salvaje al más absoluto y depredador *utilitarismo economicista*. Actual andamiaje, este último, del *sistema de eticidad vigente*, aquel instaurado por la cautelosa y soberbia *ética* del «buen burgués», que es el personaje que cobra especial protagonismo social a partir del políticamente fructífero siglo XIX y que bajo diferentes formas lo sigue teniendo, y que Ortega, en su versión de hombre especialista, lo tachaba de *hombre masa*. Ese *sistema* se torna una auténtica plaga que causa sobre todo estragos allí donde llega. Beneficia, por decirlo con lenguaje marcusiano, a unos pocos y castiga a otros muchos: los oprimidos, los excluidos, los afectados, los que no resultan del todo rentables, es decir, la mayoría, para la reproducción de ese opresor *sistema*. Todo parece indicar que así es. Ejemplos significativos no faltan en un mundo que, por otra parte, presume de ser *globalizado* pero que al tiempo manifiesta de forma innegable múltiples deficiencias antropológicas difíciles de asumir: rencillas, choques y desacuerdos interculturales de primera magnitud que no hacen más que empeorar día tras día y que agravan la tan ya deteriorada cotidianidad mundanal. El *Otro* de que hablan, por ejemplo, Ricoeur, Ortega o Lévinas, es hoy en día un permanente extraño, un a veces fugaz enemigo. No estoy pensando necesariamente —con necesidad aristotélica— en el extranjero, en el inmigrante. Los «bárbaros» no han venido de fuera al mundo civilizado, como los «grandes bárbaros blancos» del siglo V, sino que están entre nosotros, como advertía Ortega con agudeza en *La rebelión de las masas*. Son un producto automático de la civilización moderna<sup>8</sup>. Su fruto natural. La realidad, y no sólo Ortega, me sugiere pensar así. El actual *européismo*, derivación grotesca del «cosmopolitismo» y estandarte laureado por muchos, pero sobre todo preocupación de una larga tradición intelectual regeneracionista, desde Costa, Unamuno u Ortega, hasta varios líderes intelectuales y políticos europeos del momento, cuyo nombre prefiero omitir, se torna en multitud de casos crudo *salvajismo*, del de peor calaña, muy lejos de ese *salvajismo* de que hablaban los antropólogos evolucionistas decimonónicos [Taylor, Ferguson, Maine o Morgan] en que predominaba un mayor espíritu comunitario, menos individualista, jalonado por las relaciones humanas de parentesco. *Salvajismo*, éste de que hablo, actualmente a nivel cotidiano de relación entre miembros de distintas culturas y etnias.

En fin, el marco cultural y filosófico que barnizó la época moderna ocasionó —y lo sigue haciendo, en cierto sentido, por su actual vigencia en Occidente—, grandes males. Nos alejó, sobre todo, de la vida humana concreta, sumiéndonos en vanas utopías e intelectualmente dañinas abstracciones. Pero lo más llamativo de ese periodo, y que a nosotros interesa, entre otras cosas, radica en el superávit científico matemático que por entonces acaece y que se debe a una filosofía de la razón pura que vertebró la Modernidad y que apadrinó la Revolución industrial burguesa en el siglo XIX. Ésta se asocia a la aparición de las muchedumbres o las aglomeraciones, y

---

<sup>8</sup> *La rebelión de las masas*, OC, IV, 436.





sobre todo al fenómeno social de la rebelión de las masas en un sentido eminentemente cuantitativo. Un nuevo mundo deudor de los logros conseguidos en el campo de la ciencia y la técnica, y que corona el horizonte vital humano ya a finales del siglo XVIII, consolidándose en el transcurrir del siglo XIX, impulsó la democratización del bienestar y la seguridad y comodidad materiales. Siglo, este último que cito, cincelado por una cultura política, económica y científico *positiva* que inaugura una época sin inmediatos precedentes. El naciente contorno vital satisface las aspiraciones sociales, políticas, jurídicas y, en definitiva, materiales de las masas en general, que encuentran respaldo a su pleno poderío social en el continuo y desbordante crecimiento demográfico. Ya en el siglo XX y especialmente en este no hace mucho tiempo comenzado siglo XXI, la rebelión de las masas da paso a su consolidación en el complejo orbe social, siendo ésta la idea que en este trabajo apuntamos como principalmente a destacar. Pero para clarificar un poco más esta idea que aquí lanzamos sobre nuestra época actual en que, repito, se consolida el poder de las masas a nivel cuantitativo, numérico, y de toda clase y grupo, es pertinente ahondar en las principales características de la rebelión de las masas que alertó intelectualmente no sólo a Ortega, sino también a autores como Hegel, Comte, Alexis de Tocqueville, John Stuart Mill, Gustave Le Bon, Gabriel Tarde, Friedrich Nietzsche, Sigmund Freud, George Simmel, Max Scheler, Karl Mannheim, William Kornhauser, Serge Moscovici, Peter Sloterdijk, Rob Riemen, entre otros. En rigor, gran parte de estos teóricos coinciden en apuntar tanto el peligro inherente al imperio cuantitativo de las muchedumbres como también —he aquí una aportación novedosa— la gravedad asociada a la dominación del hombre masa o *masa* en su determinación cualitativa, que entendemos asimismo como hombre medio, la cualidad común, lo mostrenco social, el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, repitiendo en sí un tipo genérico, y que por medio de la *acción directa* atenaza, imponiendo su voluntad, la vida social. Ortega describe esta dimensión de la masa en términos psicológicos:

La masa puede definirse, como hecho psicológico sin necesidad de esperar a que aparezcan los individuos en aglomeración. Delante de una sola persona podemos saber si es masa o no. Masa es todo aquél que no se valora a sí mismo —en bien o en mal— por razones especiales, sino que se siente *como todo el mundo* y, sin embargo, no se angustia, se siente a gusto al sentirse idéntico a los demás<sup>9</sup>.

### LA REBELIÓN DE LAS MASAS EN PERSPECTIVA HISTÓRICA

El fenómeno histórico de la masificación exige analizarlo desde una perspectiva puramente cuantitativa. En *La rebelión de las masas* se lee lo siguiente: « ¿De dónde han venido todas estas muchedumbres que ahora llenan y rebosan todo el escenario

<sup>9</sup> *La rebelión de las masas*, OC, IV, 378.



histórico?»<sup>10</sup>. Para intentar responder a esta pregunta, Ortega recurre a Hegel, Comte y Nietzsche, pues como aquél, éstos colocan a las masas en el corazón de una visión global de la historia del siglo XIX y anuncian una época de crisis en cadena. Les inquieta el lanzamiento de nuevas masas humanas sobre la órbita de la historia. Ortega recuerda en 1930 que corresponde «al siglo pasado la gloria y la responsabilidad de haber soltado sobre el haz de la historia las grandes muchedumbres»<sup>11</sup>.

A finales del siglo XIX las multitudes se multiplican considerablemente al compás del acentuado crecimiento demográfico. Sus actos imprevistos comienzan a alarmar a las autoridades. Se las tacha en ocasiones de multitudes criminales que amenazan la estabilidad y la jerarquía del orden social. Crece la inquietud ante una época de masas en alza. Son los nuevos descendientes históricos y su rebelión asimismo es un hecho histórico. En *La rebelión de las masas*, Ortega caracteriza esta situación histórica anómala de las multitudes (o aglomeraciones) como sigue:

¿Qué es lo que vemos y al verlo nos sorprende tanto? Vemos la muchedumbre, como tal, posesionada de los locales y utensilios creados por la civilización [...]. Nuestros ojos ven dondequiera muchedumbres. ¿Dondequiera? No, no; precisamente en los lugares mejores, creación relativamente refinada de la cultura humana, reservados antes a grupos menores, en definitiva, a minorías. La muchedumbre, de pronto, se ha hecho visible, se ha instalado en los lugares preferentes de la sociedad<sup>12</sup>.

El creciente poder de las masas en todos los campos de la vida social impacta, no sólo a Ortega, sino también a, por ejemplo, Elías Canetti y Serge Moscovici. Elías Canetti afirma que la masa aparece ahí donde antes no había nada. Siempre ha habido multitudes, invisibles e inaudibles. Pero por una especie de aceleración de la historia, rompieron sus trabas y dejaron de ocupar un papel secundario como hasta entonces. Se rebelaron, volviéndose visibles y audibles. De pronto, todo se llena de gente. Muchos no saben qué ha ocurrido, pero sí tienen prisa por estar allí donde está la mayoría. El movimiento de unos contagia a los otros. Todos tienen una meta: el lugar donde se ha congregado la multitud<sup>13</sup>. Serge Moscovici, por su lado, caracteriza a la masa como el animal social que ha roto su correa. Según él, las prohibiciones de la moral han sido barridas y también las disciplinas que emanan de la razón<sup>14</sup>. Ortega, preocupado como aquéllos, remite este hecho histórico de la masificación a una experiencia visual: la aglomeración o el «lleno». Las ciudades están llenas de gente; las casas llenas de inquilinos; los hoteles, llenos de huéspedes; los trenes, llenos de viajeros; los cafés, llenos de consumidores; los paseos, llenos de transeúntes; los espectáculos, como no sean muy extemporáneos, llenos de especta-

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 402.

<sup>11</sup> *Ibid.*, p. 403.

<sup>12</sup> *Ibid.*, p. 376 s.

<sup>13</sup> Cfr. Elías CANETTI: *Masa y poder*, Barcelona, Círculo de Lectores, 2000, p. 49.

<sup>14</sup> Cfr. Serge MOSCOVICI: *La era de las multitudes. Un tratado histórico de psicología de las masas*, México, FCE, 1985, p. 35 s.



dores; las playas, llenas de bañistas; las salas de los médicos, famosos o no, llenas de enfermos, etc. Lo que antes no solía ser problema, comienza a serlo ahora casi de continuo: encontrar sitio. En *La era de las multitudes*, Serge Moscovici dice que en las calles y en las fábricas, en las asambleas parlamentarias y en los cuarteles, hasta en los lugares de vacaciones, no veremos más que multitudes, en movimiento o estacionadas. Algunos individuos las atraviesan como un purgatorio. Otros se sumergen en ellas para no salir jamás<sup>15</sup>. Todos ellos, en definitiva, denuncian la *masificación*, la mezcla de individuos y de las categorías sociales. Proletarios —por así decirlo— o capitalistas, hombres cultivados o ignorantes, poco importa el origen: las mismas causas producen los mismos efectos. A partir de los diversos fragmentos heterogéneos se forma un complejo humano homogéneo: la masa, personaje principal en el escenario social de la vida pública contemporánea. Ya no hay protagonistas: sólo hay un inmenso coro. Dice Ortega lo siguiente refiriéndose a la posición social de la masa:

Antes, si existía, pasaba inadvertida, ocupaba el fondo del escenario social. Ahora es ella el personaje principal [...]. El concepto de muchedumbre es cuantitativo y visual. Traduzcámoslo, sin alterarlo, a la terminología sociológica. Entonces hallamos la idea de masa social<sup>16</sup>.

La masa ha surgido y se ha propagado. Pocos pueden resistirse, piensa Elías Canetti, a su contagio e influencia. Innumerables hombres la constituyen y nunca se sabe exactamente cuántos son. Se extingue tan rápidamente como aparece, con frecuencia de modo igualmente inexplicable<sup>17</sup>. Por la brutalidad de su apariencia, Ortega califica este fenómeno de las masas como el más importante del tiempo presente en Occidente y destaca lo siguiente:

Si los individuos que integran la masa se creyesen especialmente dotados, tendríamos no más que un caso de error personal, pero no una subversión sociológica. Lo característico del momento es que el alma vulgar, sabiéndose vulgar, tiene el denuedo de afirmar el derecho a la vulgaridad y lo impone dondequiera. Como se dice en Norteamérica: ser diferente es indecente. La masa arroja todo lo diferente, egregio, individual, calificado y selecto. Quien no sea como todo el mundo, quien no piense como todo el mundo corre el riesgo de ser eliminado [...]. *Todo el mundo* era, normalmente, la unidad compleja de masa y minorías discrepantes, especiales. Ahora todo el mundo es sólo la masa<sup>18</sup>.

Es un hecho de una absoluta novedad en la historia de nuestra civilización. Jamás en todo su desarrollo ha acontecido nada parejo. Si quisiéramos hallar algo

---

<sup>15</sup> Cfr. Serge MOSCOVICI: *op. cit.*, p. 35 s.

<sup>16</sup> *La rebelión de las masas*, OC, IV, 377.

<sup>17</sup> Cfr. Elías CANETTI: *op. cit.*, p. 141.

<sup>18</sup> *La rebelión de las masas*, OC, IV, 380.



semejante, tendríamos que retroceder, como recuerda Ortega, a la época del Imperio Romano, donde también aconteció como hecho extraordinario el imperio de las masas. Entonces se produjo también el fenómeno de la aglomeración, del lleno<sup>19</sup>.

## LA CONSOLIDACIÓN DE LAS MASAS EN LA SOCIEDAD CONTEMPORÁNEA

Ortega es uno de los principales teóricos críticos de la sociedad de masas contemporánea. Giovanni Sartori subraya este hecho y nos exhorta a no olvidar que la temprana literatura política sobre el hombre masificado y la sociedad de masas —Ortega y Gasset, Jaspers, Mannheim, hasta Hannah Arendt— reflejó el trauma de la toma del poder político por parte del fascismo y posteriormente del nazismo<sup>20</sup>. *La rebelión de las masas* hace de Ortega uno de los más influyentes pensadores críticos de la cultura de masas, junto a Tocqueville, Max Scheler, Jaspers, Heidegger, Karl Mannheim, Horkheimer, Marcuse, Adorno, Hannah Arendt, David Riesman, Wright Mills o William Kornhauser. La masificación de la sociedad contemporánea preocupa a estos autores. No hay más que acercarse a algunas de sus más representativas obras. El hecho de que las masas adquieran pleno protagonismo social llama su atención. Las masas ocupan posiciones sociales para las que no están capacitadas o cualificadas. Esto ha sido denunciado especialmente por Karl Mannheim, William Kornhauser y Ortega. Censuran éstos tanto la pujanza social de las masas como la fácil accesibilidad de las élites en el mundo contemporáneo. Cuando las élites son de fácil acceso, las masas ejercen cierta presión sobre ellas para adaptarlas a la voluntad general transitoria. Las masas están dispuestas a aprovechar la oportunidad que les brindan las élites accesibles para imponer sus normas de masa a todas las esferas sociales de forma frenética, favoreciendo de este modo una creciente mediocridad. La presión que la masa ejerce sobre las élites impide que éstas logren cumplir eficazmente con sus funciones creativas y sustentadoras de valores. Según William Kornhauser, el sistema es inoperante, pues no prevé la separación entre capaces e incapaces, y por lo tanto el mérito en cualquier esfera de la vida social no es susceptible de ser descubierto, desarrollado ni protegido. En la sociedad de masas contemporánea, las élites, piensa aquél, no pueden ser creadoras, pues se les anula sistemáticamente, ni tampoco ejercer influencia profunda en la sociedad. Pero únicamente ellas están en condiciones de desempeñar esas funciones superiores<sup>21</sup>. Ortega comparte la posición que adopta William Kornhauser y así dice lo siguiente:

---

<sup>19</sup> Cfr. *La rebelión de las masas*, OC, IV, 381.

<sup>20</sup> Cfr. Giovanni SARTORI: *Teoría de la democracia I. El debate contemporáneo*, Madrid, Alianza, 1988, p. 49.

<sup>21</sup> Cfr. William KORNHAUSER: *Aspectos políticos de las sociedad de masas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1959, p. 26 ss.





Existen en la sociedad operaciones, actividades, funciones del más diverso orden, que son, por su misma naturaleza, especiales, y consecuentemente no pueden ser bien ejecutadas sin dotes también especiales. Por ejemplo: ciertos placeres de carácter artístico y lujoso, o bien las funciones de gobierno y de juicio político sobre los asuntos públicos. Antes eran ejercidas estas actividades especiales por minorías calificadas [...]. La masa no pretendía intervenir en ellas: se daba cuenta de que si quería intervenir tendría congruentemente que adquirir esas dotes especiales y dejar de ser masa. Conocía su papel en una saludable dinámica social [...]. La masa presumía que, al fin y al cabo, con todos sus defectos y lacras, las minorías de políticos entendían un poco más de los problemas públicos que ella<sup>22</sup>.

El proceso de consolidación de las masas en la sociedad europea actual conduce a la continuada selección de los peores, de los más ineptos, teniendo ejemplos significativos en todos los ámbitos de la vida social y cultural en el tiempo presente. La masa odia a los individuos mejores, por ello selecciona a los peores. La mirada del esclavo —como afirma Friedrich Nietzsche— «no ve con buenos ojos las virtudes del poderoso»<sup>23</sup>. La masa se opone a todo aquel que se presente con la ambición de valer más que ella misma y ose, en consecuencia, dirigirla. En Occidente se selecciona al revés. Se prefiere a los hombres tontos y no a los inteligentes; los envilecidos a los irreprochables. Hay personas a quienes irrita sobremanera que se hable de selección, tal vez porque su fondo insobornable les grita que no serán incluidas en ninguna selección positiva. Es de su interés, como afirma Ortega, «enturbiar las aguas y que no se vea claro lo que con el nombre de *minoría selecta* pretende designarse»<sup>24</sup>. El mismo Ortega continúa diciendo a este respecto lo que sigue:

Ahora bien: el error habitual, inveterado, en la selección de las personas, la preferencia reiterada de lo ruin a lo selecto, es el síntoma más evidente de que no se quiere en verdad hacer nada, emprender nada, crear nada que perviva luego por sí mismo. Cuando se tiene el corazón lleno de un alto empeño, se acaba siempre por buscar los hombres más capaces de ejecutarlo<sup>25</sup>.

La crítica aristocrática de la sociedad de masas, ejemplarmente representada por autores como Karl Mannheim, William Kornhauser y Ortega, denuncia el imperio político de las masas: «la *hiperdemocracia*». William Kornhauser nos alerta de la excesiva participación popular en la elección de las élites, pues tal hecho rebaja los niveles de selección. Según este autor, la gente no preferirá a hombres que considera socialmente superiores a ellos mismos. Los críticos aristocráticos en general creen que los hombres de la masa serán quienes gobiernen en la sociedad contemporánea. Y así es. La sociedad de masas es un sistema social en el que la intervención popular

<sup>22</sup> *La rebelión de las masas*, OC, IV, 379.

<sup>23</sup> Friedrich NIETZSCHE: *Más allá del bien y del mal*, traducción de Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza, 1990, p. 225.

<sup>24</sup> *Cosmopolitismo*, OC, V, 201.

<sup>25</sup> *España Invertebrada*, OC, III, 456.



en la selección de las élites incorpora en ellas a los hombres de la masa y conduce a las élites a aceptar los estándares de la masa como guía de su propia conducta. Allí donde la comunidad en su conjunto decide sobre la pertenencia a las élites, el resultado no es otro que la selección de hombres que poseen las características del mayor número. Cuando los miembros de las élites se reclutan sin filtro alguno de entre las masas vulgares, siguen expuestos a los valores *éticos* y culturales menguantes de la masa, pues qué son sino masa. Como consecuencia de todo ello, los miembros de las élites no se sienten élites en una sociedad de masas: se sienten masa. Los críticos aristocráticos igualmente atribuyen la pérdida de libertad al incremento de la participación popular en sectores que antes estaban reservados a los que poseían cualidades especiales: la sociedad de masas es, en definitiva y según subraya William Kornhauser, un sistema social en el que existe un control excesivo de los más sobre los menos<sup>26</sup>. En una sociedad de masas, el ascenso de las masas *irracionales* a los puestos de dirección racional es, en opinión de este autor, mucho más fácil. Los filtros o mecanismos de selección de élites son confusos. De ahí que los componentes de las élites se recluten casi indiscriminadamente de entre las masas, perpetuando así los ínfimos valores de la masa<sup>27</sup>. Cada día adquiere mayor predominio, recuperando una acertada expresión de Ortega, la moral canija de las almas mediocres, «que es excelente cuando está compensada por los fieros y rudos aletazos de las almas mayores, pero que es mortal cuando pretende dirigir una raza, y apostada en todos los lugares estratégicos, se dedica a aplastar todo germen de superioridad»<sup>28</sup>.

En la esfera política contemporánea de Occidente dominan los irracionalismos del hombre masa. El aparato de masa de la Democracia incorpora la irracionalidad a puestos donde sería necesaria la dirección racional. La selección negativa tiene su corolario en el proceso de *democratización negativa*. Con los medios de la Democracia se cumple entonces lo contrario de lo que era el sentido originario de la democratización: la ilustración política de las masas. Ahora, en este no hace muchos años inaugurado siglo XXI, son éstas las que gobiernan la vida pública y política de Occidente, consolidando así su poder. El sociólogo Karl Mannheim describió esta anómala situación como «el proceso que en otro lugar caractericé más precisamente como *democratización negativa*»<sup>29</sup>. De este mismo autor citamos el siguiente párrafo:

Tan pronto como las masas penetran por cualquier camino en la política se convierte en asunto público su insuficiencia espiritual y ante todo su insuficiencia en el terreno de la formación política [...]. El hecho de que cada vez penetre más en la esfera de la política lo irracional de la psique del *hombre masa* no tiene causas psicológicas, sino sociológicas [...]. Es tarea de la sociología mostrar en qué lugares

---

<sup>26</sup> Cfr. William KORNHAUSER: *Aspectos políticos de la sociedad de masas*, Buenos Aires, Amorrortu, 1959, p. 29 ss.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 57.

<sup>28</sup> *Mirabeau o el político*, OC, IV, 202.

<sup>29</sup> Karl MANNHEIM: *El hombre y la sociedad en la época de crisis*, Buenos Aires, Leviatán, 1958, p. 50.

pueden penetrar esos irracionalismos, en una Sociedad dada, y qué función y forma social toman ahí [...]. Nuestra gran Sociedad industrial no está ella misma racionalizada según su estructura orgánica objetiva. Incluso crea espacio para la irracionalidad política en forma de empleo de poder<sup>30</sup>.

Sin embargo, aun cuando lo lamentablemente característico del momento actual sea lo anterior, cabe la posibilidad de que grandes cantidades de individuos reconozcan y admitan finalmente que se requieren condiciones especiales para el ingreso en las élites, siempre que esos mismos individuos creen que los que poseen talentos especiales pueden tener legítimo acceso a las instituciones de enseñanza y cultura superior, y que ellos mismos, en tanto no-élites, tienen funciones sociales importantes (aunque diferentes) que cumplir<sup>31</sup>. Para el sociólogo húngaro Karl Mannheim es conveniente impulsar el reconocimiento selectivo positivo entre el mayor número de individuos y depurar los métodos de selección que permitan la utilización de los mejores en los diferentes campos de la vida social y cultural<sup>32</sup>. Los individuos mejores proceden en origen de la masa social, conglomerado informe y —a juicio de Ortega— oscura realidad que no piensa ni tiene opinión, que no habla en los Parlamentos, ni escribe libros, ni pinta cuadros, ni publica periódicos. En definitiva, «lo que no es nadie en particular, lo inconsciente en cada nación [...], oscuro fondo sobre el cual destacan las burlescas fisonomías personales!»<sup>33</sup>. Friedrich Nietzsche reconoce igualmente el origen popular de los mejores, pues dice lo siguiente: «Que algo sea aprobado por todo el pueblo sólo tiene valor en la medida en que entre la masa del pueblo también se encuentran los genios competentes»<sup>34</sup>. Pero se trata de fomentar la selección positiva de los mejores, lo que implica su reconocimiento por parte del conjunto de la población ciudadana, de la que aquéllos proceden:

Los grandes hombres también vienen del pueblo y pareciendo apartarse de él un punto acaban por volver a sumirse en la gloriosa y perenne corriente maternal [...]. Como del pueblo tiene que salir todo, es menester que salga también lo que no es pueblo: los escogidos. Del tesoro de su inconsciencia saca unas cuantas conciencias a quienes encarga de tener opiniones determinadas, únicas, particulares<sup>35</sup>.

Por todas partes encontramos en el pueblo las «huellas dejadas por los leones del espíritu que han sido verificados: en la costumbre, en el derecho, en la creencia; por todas partes la masa se ha doblegado ante el influjo del individuo»<sup>36</sup>.

---

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 50 ss.

<sup>31</sup> Cfr. William KORNHAUSER: *op. cit.*, p. 54.

<sup>32</sup> Cfr. Karl MANNHEIM: *Diagnóstico de nuestro tiempo*, México, FCE, 1944, p. 101.

<sup>33</sup> *De re política*, OC, I, 195.

<sup>34</sup> Friedrich NIETZSCHE: *Fragmentos póstumos sobre política*, edición y traducción de José Emilio Esteban Enguita, Madrid, Trotta, 2004, p. 58.

<sup>35</sup> *De res política*, OC, I, 195.

<sup>36</sup> Friedrich NIETZSCHE: *Fragmentos póstumos sobre política*, edición y traducción de José Emilio Esteban Enguita, Madrid, Trotta, 2004, p. 59.





Sin embargo, Ortega denunciaba en su momento que la muchedumbre no se doblegaba a la minoría, sino que «la *gente*, el vulgo [...] ahoga al hombre egregio y personal [...], exige que todos piensen como todos o lo que es lo mismo que nadie piense. Así se ha quedado España reducida a sólo espíritus vulgares, ciegos, terrenales, débiles. Es un caso trágico de selección al revés»<sup>37</sup>.

La situación que anteriormente describimos de procedencia popular de los mejores cabe interpretarla en términos de «circulación de las élites». Célebre expresión con que se identifica, entre otros, al politólogo Wilfredo Pareto. El equilibrio social obedece a la circulación de elementos inferiores en las clases superiores y viceversa. Determinados individuos de los estratos sociales inferiores ascienden a los estratos superiores, renovando así a las élites desgastadas, pues «las aristocracias no duran [...], al cabo de cierto tiempo, desaparecen. La historia es un cementerio de aristocracias»<sup>38</sup>. Algo semejante piensa Ortega cuando dice que en la historia caminamos ante las ruinas de lo egregio: «La historia nos arranca de lo más noble y hermoso, que tanto nos interesa [...]. Es un duelo [...] por la desaparición de vidas humanas brillantes y cultas»<sup>39</sup>. Wilfredo Pareto, siendo ésta una de sus ideas principales, divide la clase selecta en dos: la clase selecta de gobierno, formada por aquellos individuos que ejercen poder político, y la clase selecta no de gobierno, compuesta por élites económicas, científicas o culturales, que presentan, según él, mayores cotas de racionalidad. Los individuos que componen la clase no selecta, los gobernados o subordinados, pueden llegar a ascender a la clase selecta —por selección positiva o negativa— en cualquiera de sus dos dimensiones, introduciendo en la misma ciertas inclinaciones, deseos, sentimientos y aptitudes privativos del grupo del que proceden. Aportarán al estrato superior de la sociedad la energía y las proporciones de «residuos» —factores irracionales como emociones, intereses o apetitos— necesarios para mantenerse en el poder, pero que acaban, en condiciones normales, por racionalizarse recurriendo a ideas, programas o concepciones políticas («derivaciones») <sup>40</sup>.

## CONCLUSIÓN

El desalentador panorama ético y cultural, político y social en Occidente en este siglo XXI, permite hablar en términos, sobre todo antropológicos, de degeneración de las élites y especialmente de selección negativa en cuestiones de liderazgo, que caracteriza a una época de *masas* dominando. Apuntando al caso español, Orte-

---

<sup>37</sup> José ORTEGA Y GASSET: *Cartas de un joven español*, edición de Soledad Ortega, Madrid, Ediciones El Arquero, 1990, p. 567.

<sup>38</sup> Wilfredo PARETO: *Forma y equilibrio sociales. Extracto del Tratado de Sociología General*, Madrid, Alianza, 1980, p. 70.

<sup>39</sup> *De Europa Meditatio Quaedam*, OC, 83, IX, 252.

<sup>40</sup> Cfr. Wilfredo PARETO: *op. cit.*, p. 66 s.





ga ya denunciaba en 1922 la perversión de los afectos que padece nuestro pueblo, que da en odiar a toda individualidad selecta, con una ética superior o moralidad ascendente, por el mero hecho de serlo. El pueblo español, según aquél, se ha juzgado apto, históricamente, para prescindir de guías y regirse por sí mismo en sus ideas o en su política, en su moral o en sus gustos, causando de este modo una irremediable degeneración que todavía hoy, lamentablemente, seguimos sufriendo: «En mi entender, es España —dice Ortega— un lamentable ejemplo de esta perversión»<sup>41</sup>. Solamente a los mejores les compete hacer ciencia, arte superior, inventar complejas técnicas y organizar un Estado de prolongada consistencia. Al pueblo sólo le compete, a juicio de Ortega, «ejercer funciones elementales de vida»<sup>42</sup>.

La consolidación de las masas, sin embargo, en la vida cultural, social y política de Occidente y en nuestro país concretamente, conduce a la total ausencia de humildad, adoración y entusiasmo por lo ético y eficazmente superior. La solución no es otra que erradicar el desamor a los potentes y el fervor hacia los peores. Situación característica de una sociedad ciega, ético culturalmente, a la magnanimidad y ahogada por el exceso de virtudes pusilánimes. Se odia a los temperamentos creadores y se venera a los *santones*. El santón es descrito por Ortega como «un héroe cuya heroicidad, puramente negativa, consiste en renunciar a vivir. El ser debilitado, cuando se pone a escoger normas de heroísmo, suele preferir ésta, porque a la postre alarga su flojera. Siempre es más fácil dejar de hacer que hacer»<sup>43</sup>.

La contrapartida al imperio consolidado de los peores radica en el logro de una fuerte columna vertebral social compuesta por los culturalmente mejores, por aquellos que con animosa disciplina ética ascensional (*ética ascendente*, en la terminología nietzscheana) extraigan de cada individuo triple rendimiento del habitual<sup>44</sup>. Ya no se trata exclusiva o primariamente de poner fin al proceso histórico decimonónico y especialmente localizado en el área occidental que Ortega y otros autores (Karl Mannheim, William Kornhauser, Serge Moscovici, Peter Sloterdijk o Rob Riemen) caracterizaron como época de rebelión de las *masas*, que ya está dando, por así decirlo, sus últimos coletazos, aunque no haya ni mucho menos totalmente finalizado. Hay que erradicar de raíz la actual situación de consolidación social de las *masas* y su aneja irracionalidad, pues este fenómeno supone barbarie y el más feroz *primitivismo* cultural —que entendemos, entre otras cosas, en términos de elevado por radical etnocentrismo y ausencia de diálogo intercultural— en el mundo occidental, que ejemplifica, hoy más si cabe y sobre todo, el rebelde y radicalmente prepotente *hombre masa* como clase de hombre con una vida menguante y en declive moral que atenaza la vida del «Otro» que no es étnicamente como él, plenamente asentado como está en la sociedad contemporánea actual. Se trata, en cualquier caso, de eliminar del horizonte vital, especialmente occidental, no sólo la rebeldía del hom-

---

<sup>41</sup> *España Invertebrada*, OC, III, 509.

<sup>42</sup> *Ibid.*, p. 495.

<sup>43</sup> *Temas de viaje (julio de 1922)*, OC, II, 494.

<sup>44</sup> Cfr. *Selección*, OC, VI, 42.

bre medio (o *masa*), sino sobre todo el más absoluto y radical asentamiento público de las masas, que es fácil de observar lanzando una ojeada a la situación social y cultural, en su sentido más amplio, de nuestro tiempo y espacio históricos.

Recibido: marzo 2008; revisado: enero 2009; aceptado: febrero 2009.

